

FANTASIA PAPAL



CUANDO el emperador y los reyes cristianos vieron la carnicería que hizo el Cid en sus tropas, imploraron al Papa para que escribiera al rey Fernando, que llamara al Cid a Castilla.

La fuerza del Campeador es irresistible, nada queda en pie frente a él. Vale más inclinar la cabeza y dejar caer las coronas de esperanzas y ambiciones.

El Santo Padre convoca a un Concilio en Roma y cita a todos los príncipes cristianos o a sus representantes.

Obediente el rey Fernando, envía al Cid acompañado de varios caballeros de su mejor nobleza.

Atraviesan la Cataluña, pasan los Pirineos, galopan toda la Costa Azul, entre un perfume de flores clásicas y de mar, tan cantado por poetas, que las olas tienen un ritmo de verso griego, las flores un olor de verso latino.

Cuando el hambre aprieta y aprieta la fatiga a los caballos, hacen un alto, toman aliento y siguen otra vez la marcha.

En Barcelona se comen unas butifarras con mon-

V. HUIDOBRO

jetas. En Marsella una succulenta bouillabaisse regada de ricos vinos de Francia, vinos que hacen bailar las barbas y los ojos entre chasquidos de lengua dignos de los más famosos mosqueteros, esos chasquidos que son chicotazos que da la lengua al vino, para extraerle todo su sabor, arrancarle toda su sangre.

Y de nuevo sobre los caballos. La primera media hora de la digestión al paso, luego al galope.

Bandadas de pájaros vuelan en el aire, juegan sobre sus cabezas, soltando de vez en vez pequeños paquetes de excremento como radiogramas del cielo. Ríen, chillan, llenan la atmósfera con sus diálogos franciscanos y se dejan caer sobre su alegría en grandes resbaladas de patines aceitados.

El Cid los mira embobado, con el alma llena de contentamiento, de salud y amor. ¡Qué dulzura hay en la naturaleza de estas regiones! Todo es buen presagio, piensa y sonríe como los pájaros, como los árboles, como las piedras.

Al llegar al sitio que hoy ocupa Monte Carlo, había gran tumulto de gentes en la playa. Un velero griego estaba anclado al frente y tres atenienses habían bajado a tierra y extendido sobre la ribera un tapiz verde llamando a las gentes a jugar con unos dados.

Los castellanos se acercaron a ver lo que pasaba. Miró el Cid perder a todo el mundo y luego pidió los dados. Los sacudió en sus manos y los lanzó sobre el tapiz. Rodaron los tres dados en un ruido de destinos y de fortunas deshechas, y se pararon en seco. Tres seises.

—Amigos—dijo el Cid a los suyos—, ganaremos en Roma; Dios está por nosotros.

Y luego mirándose espantado a sí mismo, rehacién-

dose colérico de su debilidad, dió un puntapié al tapiz, a los dados y a la caja de los dineros, y lo echó todo a rodar lejos.

¿Qué significa esta atracción de probar el azar? ¿Va a ser este un vicio de la raza? El, que sentía llevar adentro de su cuerpo a toda España, tembló.

—Dejemos para otros este gesto imbécil—rugió—. Adelante, amigos.

Los tres griegos se quedaron mirándolo estupefactos y algo en el fondo de sus cerebros seculares dijo una palabra hacia el Olimpo.

Cae la tarde. Siguen su marcha los castellanos. Ascienden unos montículos de los Alpes, lentamente entre rocas y árboles duros, y antes que se ponga el sol llegan a la cima del último montículo. Esbelto en su caballo, envuelto en los rayos rojizos del ocaso, el Cid aparece sobre Italia.

Mira un momento las tierras que se extienden a sus plantas y luego se deja resbalar hacia Roma en el vaivén de un largo galope, llevando a la grupa un olor de violetas de Parma.

Galopan toda la noche. No hay tiempo que perder.

Italia ondula como un puente al ritmo del galope. Una luna italiana brilla en el cielo pontifical. Y ellos avanzan hasta quebrarse de cansancio. Se detienen un momento y embelesados contemplan el paisaje.

Un gallo dormido en el sombrero de un soldado florentino se despierta y canta como un tenor.

El Campeador se sacude el cansancio, se seca el sudor, palmorea a Babieca y parte decidido, liviano de confianza a cumplir su misión.

Durante toda la noche, bajo una magnífica luna de carrara, entre una mandolina al sur y una góndola lí-

V. HUIDOBRO

rica al norte, se oye la carrera de un caballo sobre los caminos del deber.

Contadas las jornadas llegan a Roma.

Desde el primer momento el Campeador se sintió mal en aquella corte aduladora, palaciega y sensual.

Demasiado aparato externo y poco valer interno. Mucha apariencia, escasa realidad. Riqueza de vestuario, pobreza de cuerpo.

Comedia. Comedia.

El prefería la corte de Castilla, de hombres sinceros, rudos, bárbaros caballerosos, capaces de exponer el pellejo en todo momento y por cualquier cosa, sin esconder el alma detrás de frases dulzonas y fementidas.

No se jugaba al sprit ni al flirteo en aquella corte. Esos hombres sabían violar, pero no sabían flirtear ni fabricar bellas frases.

Miró, comprendió y juzgó.

No hay aquí justicia ni amor a la justicia, pensaba; no hay autenticidad ni amor a lo auténtico. Hay sólo conveniencias y amor a la conveniencia. Todo es materia comprable y vale más aparentar sin valer, que valer sin aparentar.

Cierto es que en España la cosa no anda muy bien tampoco. La justicia está lejos de realizar un ideal. Cierto que hay abusos, cierto que hay quienes roban propiedad que no les pertenece y quienes usurpan y ostentan hasta títulos que pertenecen a otros, burlando el respeto a las leyes y aun a la propia dignidad; pero a pesar de todo, allá hay más substancia de realidad, de cosa tangible y no aparente.

Allá puede sentirse a veces indignación, aquí se sienten náuseas.

Pocos días después, en la Iglesia de San Pedro, el

Papa Víctor preside rodeado de su corte y sus cardenales, en un cuadro sagrado, solemne, color vitral.

Príncipes y caballeros llegan a besarle la mano.

Cuando el turno toca al Cid, ve junto al trono del Papa las siete sillas de siete reyes cristianos. Ve la del rey de Francia junto a la del Santo Padre, y la del rey, su señor, un estado más abajo. Al verlas palidece.

Llégase junto al Papa, hinca una rodilla en tierra y le besa la mano, diciendo:

—Este homenaje es a vos, Santo Padre, del caballero al rey de las almas.

Luego se levanta, echa a un lado la silla del rey de Francia y pone allí la del rey Fernando.

—Este homenaje es a mi rey—dice—, del vasallo a su señor.

Al ver esto un duque se acerca al Cid, exclamando:

—Maldito seas, castellano, y que el Papa te excomulgue. Has insultado a un rey, el mejor y el más glorioso.

Le mira el Cid de alto abajo y responde:

—Dejemos en paz a los reyes, duque, y si vos os estimáis ofendido, debatamos la querrela entre los dos.

Se acerca al duque y le da un empujón que lo echa a rodar casi al suelo y lo deja muy callado.

Al saber esto el Papa, descomulga al Campeador. El Cid se prosterna ante él.

—Absolvedme, Papa—dice—; si no el Romancero os censurará hasta el fin de los siglos.

El Papa, que es hombre cuerdo y que adivina en Rodrigo bajo el cuerpo de muchacho indomable e impulsivo, un alma sana y sencilla, no vacila un instante y responde:

—Yo te absuelvo, Rodrigo; te absuelvo de buen grado a condición que aquí en mi corte te muestres siempre

V. HUIDOBRO

cortés y medido. Domina aquí tus nervios y deja para las batallas esos arranques bárbaros.

Rodrigo se retira contento y contento sonríe al mundo.

En los días sucesivos se muestra más respetuoso. Cada vez que el Papa toca el punto escabroso del emperador Enrique o cualquier otro concerniente a España, el Campeador sólo responde:

—Sin ayuda de nadie nuestros abuelos conquistaron sus tierras. Sin ayuda de nadie nosotros peleamos contra los moros, y sin ayuda de nadie seguiremos peleando. ¿Qué puede pedirnos quien no nos ha ayudado, quien no nos ayuda y no nos ayudará?

De esta respuesta no lo saca nadie. No sabe responder otra cosa, no quiere responder otra cosa.

Tan bien lo hizo, que a fuerza de repetirla, la verdad de su respuesta llegó a imponerse a todos, y viendo que era imposible sacarlo de adentro de su verdad, nadie insistió más.

Visitó los monumentos magníficos de la ciudad y emprendió la vuelta a Castilla con su causa ganada, que habría perdido seguramente si hubiera entrado en largos alegatos de jurista, en sabias discusiones de docto, en sutilezas de teólogo.

Y el Cid Campeador se alejó pensando: Podrá estar aquí el solio de Dios, podrán estar aquí las llaves del cielo; pero Dios está en España, la puerta del cielo está sobre los Pirineos. Prefiero Santiago a San Pedro. Este lloró, pero negó a Cristo tres veces; aquél no lloró, pero no lo negó ninguna.

Y el Papa se quedó pensando: Prefiero ese muchacho bueno y exaltado, rudo y violento, cándido y subversivo, a todos los tibios y atildados que me rodean. De aquél puedo esperar todo; de éstos no puedo esperar nada.